

# Rastros

Sampedro, Juan Gerardo

2015-03-12

---

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/480>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

## CAJA DE PANDORA

RASTROS\*

Juan Gerardo Sampedro

### Capítulo 1

Hay veces que la ciudad me produce miedo. No es la misma de mis sueños recurrentes. Hoy amaneció nublado. Me irrita. Debe ser que la abuela opinaba que el agua de la lluvia es corrosiva y que nos deja sin cerebro. Y es que a la abuela no le gustaba que anduviéramos metidos en los charcos. Una vez vi una película en el Pío XII: trata el trillado asunto de un sabio loco que experimenta con caváderes robados por su sirviente contrahecho. Enmudecí como una lata de sardinas. El sabio loco les extirpa el cerebro y luego les otorga vida a los caváderes, así los nombraba mi hermano Ramón. Era cadáveres que ignoraban el valor del dinero y eran felices escuchando música. Quizás así, sin proponérmelo, llegué a relacionarlo todo a la música. No entendía la palabra corrosiva, que tanto mencionaba la abue, pero viene hasta acá el eco que trae el corrosiva cuando escucho *Página blanca* de Los Fantasmas, una de las primeras melodías de las que guardo memoria.

Cuando llovía nos metíamos bajo las cobijas. La abuela ordenaba quietud. “Si tocan una cuchara están llamando a los relámpagos. Será preferible que se escondan”. Entonces mirábamos de aquí para allá y ella —inflexible— sentenciaba: “Es preferible que se queden hambrientos a que nos caiga un rayo”. Rara idea de la abuela. Yo nunca encontré el peligro hacia los metales.

—Dejen todo como está y váyanse a la cama —exclamaba.

---

\* Capítulo 1, inédito, de la novela *Rastros* escrita por Juan Gerardo Sampedro.

Ahora estoy convencido que en realidad la abuela temía a la ira del cielo. De otra manera no hubiera urdido gratuitamente la historia de lo corrosivo de la lluvia ni el llamado a los rayos. En la infancia uno cree lo más inverosímil, no hay que asombrarse de que mis hermanos y yo nos tragáramos el cuento de la abuela. Creo que la abuela Ana terminó creyéndoselo todo: se recluía en sus aposentos si amenazaba la tormenta. A la abuela no le gustaba la lluvia. A mí tampoco.

Esta azotehuela observa la ciudad que ha crecido.

El piso de la casa es de madera. Mi padre prefirió no sustituirlo. Mantuvo la duela puliéndola y barnizándola regularmente. Un tanto por protección: aquí los inviernos son crudos. Baja la neblina y la ciudad se pierde.

Hace años a la abuela se le ocurrió un método para evitar que resintiéramos el frío: pasaba la plancha encima de las sábanas y nos obligaba a beber la leche casi hirviendo, muy azucarada. Le ponía canela y un chorro de brandy. Sentías la sangre en ebullición. Si confieso que por la película de los caváderes adquirí la insana costumbre de relacionar los hechos cotidianos a referentes musicales, diré que la abuela despertó en mí, sin proponérselo, el hábito de la bebida. Ella creía que era lo más adecuado contra el mal tiempo.

Anoche nadie hubiera apostado a que amanecería el cielo repleto de borregos. En la carretera, donde no estorban las lámparas, se apreciaban las estrellas nítidas. Lorena se quedó dormida. Recargó la cabeza contra el asiento y en cosa de segundos dejó de escucharme. Si no me responde, malo: ha caído anestesiada. Es curioso: Lorena adopta, al dormirse, una postura fetal. Antes de caer en el sueño profundo gira el cuerpo. Luego se mantiene quieta, como un bebé a punto de toparse con el mundo. Me gustaría hacerlo igual. Yo no duermo sin antes tomarme unas cinco o seis copas de tequila. Lorena tuvo que olvidarse del alcohol: le comenzaba a causar problemas. Principios de cirrosis, le diagnosticaron. Casi se muere del impacto. El médico se lo advirtió, sólo que ella dijo que los tontos doctorcitos no le iban a prohibir un “maldito trago”. Lorena lo primero que buscaba a la mañana era una cerveza, como yo un cigarro. No bebía desde hace siete años. El mal carácter lo sigue manteniendo. Me preocupaba que el auto pudiera dejarnos botados por ahí. Lo he cuidado pero es un modelo viejo. Es un Ford

Maverick 74. Lo tomé de ganga: el dueño necesitaba dinero y me lo ofreció a un bajo precio. Le metí refacciones y algunos ajustes que ya ni acordarse. No anda bien. ¿O será que nada entiendo de mecánica y que aprendí a conducir tardísimo? Son —creo— las dos cosas.

No es como el Palomo, el Ford 58 de mi padre.

El Palomo poseía un hermoso tablero y un volante amplio. Desde adentro podías hacer que giraran los faros buscadores que lleva a los lados, junto a las portezuelas. Era trompudo, pulcro y veloz para su época. Se me ocurrió llamarlo el Palomo: en la carretera parecía desplegar las alas.

Quién sabe dónde quedó el Palomo.

Por ahí anda una película en super-ocho que nos trae de regreso al Palomo. Es una cinta que medio registra —ya está inservible— un domingo de paseo en Los Conos de Santa Mónica. Si pudiera le montaría esa melodía que interpretó en los cincuenta Dean Martin: *Memories are made of this*.

Ese domingo 12 de agosto de 1962, la tía Seferina amaneció nerviosa. No sabía nada de su hijo.

Yo veía con admiración al hijo de Seferina. Los ojos de los niños están llenos de asombro. La abuela lo bautizó el Pachuco. Y admiraba al tío Nacho, un pretendiente de Victoria. Los creía con poderes sobre-humanos.

Las razones eran distintas. El Pachuco andaba siempre, veloz, en su bicicleta. Se envaselinaba en exceso y eso lo hacía aparecer como si tuviera la cabeza pequeña. Le gustaba la xxx y masticaba produciendo el estruendo de un jabalí. Sus pantalones eran holgados. Cargaba un exhuberante llavero y un peine que usaba —compulsivo— cada cinco minutos. En nada se parecía a los auténticos pachucos. Distaba de un Tin-Tan, por ejemplo. Tuvo tres hijos y una esposa de piel cristalina y ojos profundos. Al poco tiempo que él falleció, todos desaparecieron. El Pachuco silbaba igual que Pedro Infante. Por lo menos eso él creía. Y cantaba, eso sí, completamente desafinado ahí afuera, en el pequeño escalón de cantera, una de Álvaro Carrillo: *Sabor a mí*. Lo veo en un negativo nunca revelado.

EL Pachuco me platicó que él se había trepado al ring a enfrentarse a Ricardo —el Pajarito— Moreno. Yo se lo pregunté a mi padre y sólo dijo: “El Pachuco es un cabrón hablador”. El ídolo de mi padre era el Pajarito Moreno. Por eso se enojó: “No hagas caso. Ya te dije: es

puro cabrón”. Papá logró arrancarme la idea que el Pachuco mandó a la lona al Pajarito.

Del tío Nacho me acuerdo menos. Mamá me dijo una vez que era mi tío. Yo entonces me sentí extraño: no lo era y de repente sí. El señor Nacho fue agente de tránsito y pretendió a Victoria, mi tía. “Es tu tío, en serio”, me dijo mamá y yo... ¿Qué? ¿De dónde? Fue una broma de mamá, una broma que me cubrió de una extraña confusión. Mamá se divertía y Victoria, tímida, se avergonzaba. Victoria nunca lo quiso. El tío Nacho tenía los brazos cortos y se apreciaba curioso encima de la motocicleta. Su cabello era como de agujas y sus ojos casi borrados. La tía Victoria me platicó que él era el dueño de la fábrica de jabones Tío Nacho. Ese jabón es un antiséptico de un tono oscuro y de un olor no muy agradable. Yo creía que eliminaba las pulgas de los perros.

Ni el Pachuco venció al Pajarito Moreno, ni el tío Nacho era dueño de fábrica alguna. Entonces mis dos cuasi ídolos, hechos de engaños, se derrumbaron como endeble muñecos cuando comencé a tener sentido de la realidad.

La mañana de ese domingo Victoria, la tía enojona sólo en apariencia, nos trajo a la mesa. Detestaba que uno pidiera más café. “¿Te gusta el café?” Si le respondías que sí entonces gritaba que los que toman café van para mariguanos que vuelan. “¿Café? ¿Más café? ¿Qué dijiste? ¿No llenas de café? Bueno: te daré el que quieras, vicioso”. Y —en efecto— te servía otra ración previo pellizco en el brazo.

—Tú no irás —me dijo cuidándose que nadie la oyera.

Yo leía el diario. Me gustan los comics.

Ese día —¿tan presente lo tengo?— me divertía gracias a Trucutrú, un genial cavernícola. Así que la escuché y no. Mi padre ajustaba al Palomo, asegurándose que no tuviera fallas.

Mamá, embarazada de mi hermana menor, bajó —precavida— la irregularidad de los escalones.

Victoria entonces me acercó —inusual en ella— otro poco de café. Me dijo cerca del oído que ni me alborotara. “Tienes que llevar a Seferina a misa”, remató. La verdad es que yo no lo deseaba.

—Iré a Santa Mónica —respondí.

El abuelo me miró extraño. Yo nunca había contrariado a Victoria.

Entre mi madre y Victoria se formó una rivalidad y yo era el motivo de la discusión.

Las dos son mis madres: Victoria me enseñó a no creer en Santa Claus. Mamá me mostró que la vida cotidiana es fantástica.

Pocos días antes de un 24 de diciembre, Victoria me llevó por ahí a que viera los aparadores. “¿Qué te gustaría que te trajera Santa Claus?”, me preguntó. Yo debía elegir entre un pez y un perro Triste. Es un perrito de largas orejas y ojos caídos. No sé a que raza pertenece. Dije el perro, el más triste. El 25 de diciembre, junto a mi zapato, dormía el Triste y el pez enano y cachetón. Nada había que preguntarse entonces. Crecí un poco. Victoria me conducía —como si fuera obligatorio— a un afelpado sofá a dormir la siesta. Victoria me hablaba de unas tarántulas que “entran si no te duermes”. El sol pega a esa hora —tímido— encima de los muebles. Victoria encendía el radio a un bajo volumen y, entre el sueño y la vigilia, yo registraba una voz: “Avón llama, dele la bienvenida”.

Mamá me contaba infinidad de historias. Los personajes eran seres reales y callejeros. Los tenías ahí, ante tus propios ojos. Mamá nos advirtió, a mí y a mis hermanos, de la presencia en Zacatecas de un hombre que “atrapa a los niños y los convierte en dragones, allá en La Peñuela”. Mamá lo llamó el Chaparrito. La verdad es que el hombre deambulaba recolectando basura. Era un pepenador y por eso traía el costal como una gran joroba. ¿“Lo ven?, nos advertía: ahí, en la espalda, lleva a los niños”. Era un ser muy pequeño escondido en una chamarra de gamuza. La Peñuela es una roca que se desprendió del Crestón y se vino dando vueltas. Ahora se encuentra oculta: la ciudad ha crecido. La Peñuela sigue siendo una roca solitaria.

Mamá nos habló de unas brujas medievales que ocuparon una casona abandonada al pie del cerro de La Virgen y nos inculcó la creencia de la sombra de un orate que “traspasa las paredes”.

Cuando eres niño “buscas el interruptor para encender y apagar la luna”.

La ciudad terminaba en un terreno alto. Un conjunto de cuerdas ensayaba allá, en un cuartucho —hoy— derruido. Las notas se dejaban oír a muchos metros a la redonda y mi madre nos dijo: “Ese grupo musical es diabólico”. No dejó de establecer una rara asociación entre *Vereda tropical* con Satanás.

A Victoria no hay que contradecirla: es impositiva. “Tú no irás”, me lo repitió.

Temía más a Victoria que a mamá.

El abuelo desayunaba escuchando la XEW, “La voz de la América Latina desde México”.

Los domingos, a las diez de la mañana, luego del programa que patrocinaba la crema Ibáñez de Puebla, comenzaba *Vale la pena vivir* de Fulton J. Sheen, en la voz de Enrique Rambal. El abuelo se molestaba si interferíamos en la transmisión. Así que aquel lejano domingo Fulton J. Sheen me salvó de quedarme sin el paseo.

—Ya cállense —pidió el abuelo—. Y tú harás lo que te ordena Victoria. —aventó al centro los cubiertos y puso atención al discurso.

Aproveché el momento: corrí hasta alcanzar al Palomo.

Fulton J. Sheen fue obispo auxiliar de Nueva York. Sus temas iban de *El camino a la felicidad* a la *Vida interior* o *La divina psicología de la murmuración*. Una vez escuché al señor Enrique Rambal decir que el odio del mundo moderno se debe, en gran medida, al sentimiento de culpa entre los hombres: Quien se odia a sí mismo pronto odia a sus semejantes. Dijo que los pecados no admitidos crean desasosiego en la personalidad. Las homilias de Fulton J. Sheen tuvieron un gran auditorio. Se publicaron en tirajes masivos. Logró éxito J. Sheen.

Victoria iba a gritarme pero el abuelo la calló: “¿No habrá tranquilidad en esta casa?”. Cuando estuve metido en el Palomo y cerca de mi padre, vi a Victoria en el pasillo, amenazante. Yo sabía que a la tarde, de regreso, me esperaba un tremendo correctivo. Me acomodé en el asiento trasero, cerca de la ventanilla. Llevaba una resortera para tirarle a las botellas de cerveza. Teníamos prohibido apuntarle a los pájaros o a las lagartijas. Apenas el Palomo arrancó giré el cuello y vi, alejándose cada vez más, a la tía Seferina caminando sola, en sentido contrario al nuestro, rumbo a la iglesia.

Acompañarla era un martirio. Se quedaba platicándole al párroco cómo creía que debiera ser el mundo. Su voz, ya inaudible. Yo, sin paciencia para quedarme tanto en el templo.

Mientras mi padre conducía sintonizó la xew. Aún Fulton J. Sheen trataba el tema *El yo y la ley moral*. Me pareció corto el viaje. A la orilla de la carretera se extienden los desérticos paisajes. Enrique Rambal —leyendo la homilía del obispo Shenn— explicó que los psi-

cólogos de todos los tiempos están de acuerdo en que la raíz de la infelicidad es el ensimismamiento y el egoísmo. El egoísmo —dijo— es el rechazo al mandamiento de amar a Dios y al prójimo y es la afirmación del Yo como ley de verdad: los que viven encerrados en su propio Yo entran en etapas de autocomplacencia, temor e ignorancia.

Yo iba viendo los cables donde se apelotonan los pájaros negros que habitan las carreteras. Pensé en Victoria y en Seferina y sentí, por primera vez, la experiencia de la culpa. “La desobedecí”, me dije y rápido trate de olvidarlo. Y entre el discurso de Fulton J. Sheen, la imagen de Seferina, los árboles jorobados del camino y una pequeña arruga en el rostro de mi padre, se me formó el nudo que aún llevo en la garganta.

“Las palabras como a ti mismo, acaban con todo egoísmo y hacen que surja la pregunta de cómo se ama un hombre. El hombre ama algo de sí mismo y algo que no ama de sí mismo. Ama su vida y no la ama cuando estropea su ideal. El prójimo es nuestro enemigo y no excluye la posibilidad de que pueda vivir cerca de nosotros” —Rambal salió del aire. La programación musical la abrió Perry Como y sus *Magics moments*.

Santa Mónica era un lugar de recreo. Los Conos fueron convertidos en un hotel donde, por causas que se hallan fuera de la razón, la gente iba a suicidarse. En 1962 cinco hombres y tres mujeres se quitaron la vida: tres de ellos se colgaron usando los cables de las lámparas, dos se volaron la tapa de los sesos; una joven se abrió las venas, otra se ahorcó y la última ingirió un frasco de antidepresivos. Debió haber sido el terrible azul que baja del cielo o el color de la tierra. Al hotel lo clausuraron y Los Conos volvieron a ser simples graneros. Hay un óleo de Francisco Goitia en el que aparecen Los Conos de Santa Mónica bajo el cielo del verano.

A la tarde llovió. Puedo reconstruir, desde que bajé del Palomo, la escena. Fiel —¿enigmática?— evocación: el ayer aquí y ahora.

El pasillo me parecía interminable. Cuando somos niños los espacios y los objetos se nos hacen más grandes de lo que en realidad son. Es como mirar detrás de una lupa. A los lados, como secretos guardianes, estaban los macetones contruidos de terracota y de pequeños e irregulares pedazos de espejo. La nana Elena ponía mucho empeño en el cuidado de las plantas y en los canarios de la abuela. Hay un cancel que divide el pasillo, “el corredor”. A Victoria le agradaba bailar ahí.



Tenía un tocadiscos donde igual escuchaba a Los Cinco Latinos que a The Platters, a Elvis Presley, a Dean Martin o a Guillermo Álvarez y su Cómoda de alambres. En los acetatos de la RCA-Víctor, un perrito blanco monta guardia ante un fonógrafo cerca de la leyenda “La voz de su amo”. Esas portadas resguardan toda la nostalgia del mundo.

En Puebla, en la Plazuela de Los Sapos, cada domingo, se pueden encontrar rarezas, autores y marcas inconseguibles. Como ya nadie usa acetatos te los ofrecen a bajo precio. Apenas conseguí una colección de Beto Díaz y su Orquesta de la provincia. El sello es de la Musart y, salvo uno, todos se encuentran en buenas condiciones. Beto Díaz se hizo de gran fama por una canción: *La del vestido rojo*. Recorrió el aire de México en las frecuencias musicales.

Fiel —¿límpida?— remembranza:

Seferina estaba en un sillón de madera. Rezaba inquieta. ¿Será verdad que las madres presienten como nadie lo que daña a los hijos? Seferina iba de aquí para allá. Mamá le dijo a la tía Victoria que nos diera la merienda. De mala gana, Victoria calentó el café y la leche y nos dijo: “Ahí tienen para que se larguen allá, arriba, y dejen de dar lata”. No fuimos a misa porque ya no era una hora adecuada. En la dobleú, el Grillo Cri-Cri.

Mi padre es enemigo de las moscas. Adquirió la habilidad para darles en la testa cuando andan —confianzudas— en el aire. No se movía. Era parte de un cromo sosteniendo el artefacto ese que se llama matamoscas. Las pobres se confían. No son como las moscas del poema de Antonio Machado. Recorren una misma ruta. Van, vienen: ahí están otra vez y de pronto la descarga, el golpe que ha de nublarles los múltiples ojos que dicen los científicos poseen. Papá tiene razón: “Son asquerosas entre más grandes las veas”.

¡Dios! Ese día las moscas —en nuestra recámara— se hallaban por cientos. Mi padre —papá Juan, así lo llamábamos nosotros— vio que era imposible aniquilarlas utilizando sólo al matamoscas. Las pantallas, los techos y los cristales de las ventanas parecían cubiertos por un negro velo, sólo que en misteriosos movimientos. Incluso la atmósfera se impregnó de un raro olor. No he visto, desde entonces, semejante e increíble espectáculo. *Los pájaros* de Alfred Hitchcock me remontan a las moscas.

Mi padre tomó el paquete de Nexa 1000. En la lucha contra las

moscas se usaba el Nexa 1000 o un plato de cartón que lleva una pasta roja, azucarada y pegajosa, donde las moscas se inmovilizan sin posibilidad de escapatoria.

El Nexa era un insecticida en presentación de tiras verdes y delgadas. En la parte superior tenían un orificio amigo de los clavos. La tiritita se encendía y dejaba escapar un denso humo que penetraba en todos los rincones. Como mi padre vio tantas moscas encendió dos tiras de Nexa 1000 y las prendió en sus respectivos alfileres. Trágica consecuencia: las moscas cayeron una a una mientras el Moncho, mi hermano, sufría los graves síntomas de una intoxicación. Vomitó. La tía Victoria subió enojadísima.

—¿Qué sucede? —le preguntó a mamá.

—Nada, sólo que Ramón sufrió un desmayo.

—¡Tu marido encendió su maldito Nexa! —Victoria abrió las ventanas. No se había desprendido del delantal que llevaba en la mañana. Su expresión era de contrariedad—. Que respire aire puro. Acérquelo acá, rápido. Yo no lo veo bien. ¡Inhaló el Nexa, Dios!

Trasladaron al Moncho a la recámara de mi padre.

—Y ustedes por ahora dormirán aquí —sugirió Victoria.

A la abuela se le ocurrió llamar a un médico que se encontraba de guardia en el Hospital San José, el único cercano a la redonda.

—¡Qué escándalo han armado! —mi padre encendió un Delicado sin filtro. Retuvo el humo, reflexivo. Los delicados sin filtro son ovalados y, lo pregona el comercial, nada caros—. No creo que sea para tanto... —Si algo delata su nerviosismo es su compulsión por el tabaco y ese aspecto cetrino que le viene a la piel. Extrajo de entre su camisa de manga larga, el encendedor cacahuatero. No sé porqué los llaman de tal manera. Debes desprenderle una tapa metálica. Hay que hacerlo aflojándole un tornillo chato que da vuelta al primer intento. Lo impregnas de gasolina blanca. La solución llega a la mecha y enciende debido a la chispa que resulta de frotar la piedra sobre una especie de superficie rasposa: el esmeril. Los Delicados, si te los llevas a la boca y te los pasas humedeciéndolos con la lengua, te dejan un agradable sabor, medio dulzón. Yo le robaba los cigarrillos a mi padre sólo para probarlos. Pero la vez que me descubrió y se dio cuenta del infame uso que hacía yo de sus ovalados nada caros me impuso una reprimenda que aún no he olvidado.

—...Una o dos tiras de Nexa no han matado a nadie, que yo sepa —miró hacia arriba y expulsó el humo mientras hablaba—. Ya se encuentra bien, sólo fue un susto.

Generalmente los domingos, después del desayuno, uno de nosotros acompañaba a misa a Seferina. Ya fuera mi hermana, alguno de mis hermanos o yo mismo. A veces era una decisión azarosa, un volado: la tragedia o el premio. A quien le tocaba sabía que el regreso a casa estaba programado hasta las dos o tres de la tarde. Luego la hora de la comida y, ya tornándose plomizo el cielo, mamá nos llevaba a comprar historietas y dulces al tabarete que una sordomuda de piel blanca y pelo castaño tenía en los portales del Centro Histórico. Mi padre nos daba, a cada uno, dos pesos 0.720. La sordomuda recomendaba las ediciones donde apareciera Andy Williams. Gozaba de fama. *María* —su tema— le dio popularidad. Raro que siendo sordomuda tuviera gustos musicales. La entendías fijándote en sus labios —anchos y gruesos— de un púrpura que casi hablaba. Quizá por eso los resaltaba así, a propósito. Creo que se llamaba Olivia. El bolero don Goyo dijo que él la conoció desde niña y aseguró: “No es sordomuda: se hace pendeja la cabrona”. Pero no creí en las palabras de don Goyo. La güera fue eso: sordomuda. Además, ¿quién puede fingir tantos años?

La noche era fresca y el cielo, lleno de nubarrones, parecía una inmensa boca abierta al mal.

El médico le aplicó al Moncho un antihistamínico. Lo previno de un shock anafiláctico. Algo no encajaba del todo, según las hipótesis del médico. Se preguntó cómo sólo al Moncho le afectó la inhalación del Nexa. ¿Por qué en otras ocasiones no hubo problema? Única respuesta: no fue el Nexa lo que le afectó. ¿Entonces?

El médico lo interrogó:

—¿Comiste algo?

—No —contestó mareado el Moncho.

—Dime la verdad.

Yo que lo conozco, supe que Ramón —el Moncho— mentía. Acorralado, prefiere el silencio.

Ante la insistencia, confesó que en Los Conos de Santa Mónica, al fondo de un mueble, encontró un sobre con vitaminas.

—¿Vitaminas? ¿En dónde lo dejaste?

—Lo eché a la basura.

—¿Y qué viste adentro?

—Un polvo amarillo, nada más.

—¿A qué hora te lo tomaste? —el médico movió el bigote como un destartalado pincel—. Es necesario que me lo digas.

—Apenas hace un momento, en la leche...

Las persianas entreabiertas dan la impresión de que algo te espera afuera. Olía a azúcar quemada. Llanto: ruido.

Nos pidió la abuela que buscáramos el sobre.

Mientras, el Moncho se mantenía un tanto agitado.

Sacamos toda la basura y no encontramos nada.

—¿Qué diablos buscan? —preguntó Seferina sin saber lo que ocurría. Se limpió los párpados y sus delgadísimas manos recorrieron el fino manto negro que llevaba como una extensión de su cuerpo—. Qué destrozos han hecho.

Al fin apareció. En realidad era un sobre muy pequeño. Yo lo imaginé más grande. Se lo dimos a la abuela. Adentro, en la recámara, solamente estaban, misteriosos, Victoria, la abuela y el médico. Tardaron. Pobre del Moncho, aguantándolos.

—Ya se me hace demasiado. Para mí que ese cabrón médico es un charlatán. Lleva ahí más de una hora... —mi padre caminaba rascándose la cabeza y mirando hacia abajo como personaje de *Los Supersabios*.

Me llamaba la atención que Benito, nuestro peluquero, tuviera para los clientes tantos ejemplares de *Los Supersabios*. Costaba un peso. El precio lo imprimían en un billete volando o en el asfalto o encima de una toma de agua. Se leía mucho. Junto a *La Familia Burrón y Lorenzo y Pepita*, fue el comic de más venta en esa época. Leíamos *Los Supersabios* pero *Tradiciones y Leyendas de la Colonia*, ilustradas por Crisvel y narradas por Boris Karloff, fueron estampas coleccionables. Mi hermano mayor mandó a que le pusieran forros a los ejemplares. Y ahí permanecen aún.

El local de Benito, más largo que una avenida, tenía un espejo rectangular ocupando la pared de extremo a extremo. Me cortaba todo el pelo. Al final sólo me dejaba un mechoncito en la frente. ¡De cuántas burlas fui objeto! Mis compañeros del colegio, villanos de película boba, se divertían a mi costa. Pero después, quién lo diría, fui un hippie verdadero, de greña larga y pantalones acampanados.

Mi padre se veía como personaje de *Los Supersabios*. Sin advertir que el Delicado se consumió hasta la mitad, encendió otro. Es una conducta que se les da bien a los compulsivos.

—... ¡Bah!, son los nervios —expresó dubitativo.

A mi padre le dio por irse de cacería allá, por la sierra de Monte Escobedo. Trajo la cabeza de un lobo y una tarántula neurótica en un frasco de formol. Prendió a la pared dos pieles de gato montés. De ojos saltones y afilados colmillos, yo prefería ignorarlas. Un día por la mañana, las quitó de ahí y las echó a la basura. “Traeré un oso para que cuide la casa”, dijo. Así es el carácter de mi padre: toma determinaciones rápidas, sin planearlas. No cumplió su promesa: en Monte Escobedo no hay osos.

Llegó a Zacatecas, un gitano que recorrió el país haciéndose acompañar de un oso pandero. El gitano entraba al mercado tirando al oso de una cadena gruesa. Ante la incredulidad de la gente, el oso tomaba de los puestos lo que le viniera en gana. El gitano pagaba el consumo. Pero una vez entró a una carnicería y —fuera de control— de un manazo, le desprendió una oreja a un hombre que esperaba unos filetes. Mal les fue: no lincharon al gitano: se teme a la ira de los osos. Desaparecieron y ahora quedan rastros de sus sombras bailando en algún callejón sin salida. Las sombras —como los fantasmas— tienen mucho de misterio. Conozco un exempla medieval acerca de un hombre perseguido por su propia sombra. Las sombras son peligrosas: cobran autonomía y se rebelan. Representa un enigma. Quizá por eso el cine y la literatura están llenos de benéficas —y maléficas— sombras: el bien y el mal, el cielo y el infierno, lo claro y lo oscuro: sombras. Si no hay luz tampoco hay sombra. En la antigua casa no permanecen las sombras de los gatos. Abajo, al final del pasillo, sólo pervive la sombra de Seferina. Llora: han asesinado a su hijo.

Lo que uno recuerda reaparece —¿límpida evocación?— un tanto nebuloso.

Yo veo, ahí mismo, abriendo la puerta, al médico que atendió al Moncho. Detrás de él a Victoria y a la abuela.

Abajo, al final de la escalera, Seferina recogía la basura que un momento antes habíamos regado. El médico abrió como toro las fosas nasales. Diríase que respetaba los cánones de su profesión: del maletín asomaba la trompa del estetoscopio. Olía a medicamento caduco, a

hospital y su cara era la de un cirrótico sin remedio. La mirada fija, los brazos colgándole hasta la altura de las rodillas y una corbata pasada de moda que ni el abuelo se atrevería a usar. “Un médico de pacotilla”, dijo mi padre. El médico hablaba como si le hubiesen extirpado dos o tres cuerdas vocales.

Elaboró una introducción caótica. Luego hizo una pausa y llenó un recetario que mi padre surtió en la farmacia de Chito Carrillo.

—Su hijo ingirió un medicamento que reacciona ante la falta de vigor sexual. En un niño es contraindicado —dijo extendiéndole la receta—. Hay que vigilarlo. Si ven que respira con dificultad me llaman. Por lo pronto se encuentra fuera de peligro. La ampollita habrá que aplicársela cada doce horas y los comprimidos cada seis —se alisó el pelo, abundante y grasoso y se limpió los labios: se le almacenó, en las comisuras, una especie de baba espesa y repugnante.

De la vecindad de doña Cleo llegó la estruendosa música preferida de Cirilo: Los Dos Oros: dañó el acetato de tanto usarlo. El fenómeno se repetía a diario. Terminaban a las dos o tres de la madrugada. Por esa razón llegábamos tarde al colegio. Cirilo fue el esposo de doña Cleo. Imposible verlos durante el día. Así viven algunos animales de la noche.

El médico alzó la voz: “Mañana me daré una vuelta. Espero que no haya complicaciones... ¡Ah!, que tome leche, toda la que pueda”.

En cuanto salió el médico, la tía Victoria trató de rehuir a mi padre. Enojado es un gato montés. Apagó el cigarro e increpó a Victoria:

—El Nexa a nadie le ha hecho daño —le dijo—. No soy un cabrón maniático —dejó a Victoria con la respuesta en la lengua y se metió a la recámara.

—Aquí se oye mucho más la música de doña Cleo —expresó el Moncho aventando a un lado las cobijas—. Prefiero mi cama.

—¿Quieres que Victoria me dé un tiro? Aquí se quedarán por ahora y ya mañana dormirán donde siempre —miró a mamá sentada al borde de la cama. Le gustaba verla así: paciente, sin los exabruptos ni la histeria de Victoria—. ¿Has visto el lío que armó tu hermana? Me inculpó, me acusó de no sé qué tantas cosas y casi lo hace público. A ese esperpento de medicucho le contó una serie de pendejadas que no puedo permitirle. Victoria debe dejar de meterse en nuestra familia. Ya: basta —hurgó en la bolsa de la camisa buscando los Delicados. Iba a encender uno pero se arrepintió, quizá reaccionó a la severa mirada de

mamá que le tenía prohibidos los ovalados en las recámaras. Volvió a guardarse la cajetilla y, entredientes, opinó algo no muy agradable en clara referencia a doña Cleo quien, para fastidiar, le aumentaba el volumen al aparato.

—Los Dos Oros, qué canciones tan corrientes, como ellos: de vecindad. Retrasados. Voy a levantarle una demanda a la vieja cabrona, ya verás —se desató las botas mineras y estiró las piernas—. Bueno, ahora déjenme tranquilo. ¿Serán demasiadas dos tiras de Nexa? Todos a dormirse —dijo mi padre.

Antes, el Moncho le explicó a mi padre que él pensó que el polvo del sobre le daría la fortaleza que a Popeye le proporcionan las espinacas. Mamá sonrió ante la terrible inocencia de un niño.

—Ordenó el médico que lo vigiláramos durante la noche —mamá señaló al Moncho y encendió el tenue foco amarillento de la virgen del Patrocinio—. Pienso que Victoria esta vez no se ha equivocado: el Nexa es dañino. A mí me marea... —se paseó a lo largo de la habitación mirando hacia un punto fijo.

Acomodamos los colchones en el piso. Fue desastroso. No cabían en el reducido espacio. Mamá se detuvo: imposible dar un paso.

—... Me marea y comienza a chocarme. Será mejor que ya no lo uses, será preferible un sustituto, no sé —masculló.

—Denunciaré a Cleo, no es posible que arme tanto a escándalo a diario. Uno tiene obligaciones. Pinche vieja —mi padre evadió el tema—. Tiene locos a los vecinos.

—Hey, ustedes, háganme un espacio. ¿Cómo llego a la cama? No se molesten, caminaré encima de los colchones —se subió los lentes que le llegaban a la punta de la nariz como le sucede cuando suda un poco—. Victoria piensa atinanadamente —insistió mamá.

—Ya te escuché —mi padre se echó hacia atrás el ralo cabello y añadió—: el Nexa ya no se ocupará. ¡Qué relajo, Dios!

Cerré las persianas. La calle se hallaba vacía. Luego nos fuimos quedando dormidos arrullados por una voz que provenía del radio y que no logró silenciar el alboroto de doña Cleo.

“Ésta es La Hora Nacional... El Secretario de Gobernación, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, puso en marcha los trabajos que en materia de comunicación habrán de darle a México el prestigio internacional que esperamos...”.

Apenas me había dormido, escuché un ruido de piedras en los cristales. Abrí la ventana y un hombre —acompañado de otros— me indicó que llamara a mi padre.

Mi padre, adormilado, se levantó. No reconoció a los tipos.

Uno de ellos le pidió que bajara.

Seferina estaba despierta pero no escuchó el timbre. A la abuela y a Victoria puede pasarles a cinco metros una locomotora y no las perturba. Por eso los hombres lanzaron piedras a los cristales.

—¿Quiénes serán esos cabrones? —mi padre se puso la camisa y se la dejó sin abrocharse las mangas.

Guardamos silencio. La presencia de esos rostros desdibujados representaba un gran misterio.

—¿Qué pasa? ¿Le sucede algo a tu hermano? —mamá se sobresaltó.

—No pasa nada —respondí.

—Tú descansa —mi padre se ajustó el cinturón y bajó de prisa, ágil, las escaleras.

Intercambió algunas pocas frases con los hombres. No tardó en regresar. Encendió la lámpara del buró para buscar las llaves del Palomo.

—¿Vas a salir? —mamá presintió algo terrible.

—No tardaré —mi padre se puso el sombrero—. No ocurre nada grave, duérmanse ya.

El Moncho, todavía afiebrado, comenzó a canturrear *Colina Azul*.

—No tenemos ganas de canciones pendejas —le dijo mi padre.

Y mi hermano siguió como si no lo hubiera escuchado.

—Cállate —gritó mamá y apagó la lámpara luego que mi padre cerró la puerta.

Se nos disipó el sueño: doña Cleo nos torturaba enviándonos las voces de Los Dos Oros. Su único disco, vaya a saber.

Aún no amanecía cuando el barullo invadió las habitaciones: habían encontrado muerto al Pachuco. Lo encontraron en Sombrerete, adentro de una zanja. Mi padre reconoció el cadáver.

Seferina era tía de la abuela pero igual le decíamos “tía”. Demasiado vieja, convalecía en casa. Victoria y mamá la cuidaban. Partera de prestigio, en su mansión colonial de tres pisos, Seferina resguardaba, en altos roperos, muchos nonatos en formol.

Yo no sé por qué Seferina dejaba que los bombones se hicieran du-



ros como muñecos de maché. Vivía de noche. Cuando ya no se duerme se está más cerca de lo desconocido.

A Seferina la noticia le afectó bastante. El Pachuco era su único hijo. No he visto llorar a nadie —desde entonces— como a Seferina. El dolor le creció primero en el pecho y —al poco— se le hizo insoportable.

Desde la mañana se mostró inquieta.

—Son bellacos. Van a irse y no me acompañarán a misa. ¡Que Dios se los tome en cuenta! —dijo apilando los platos sucios.

Nos dimos cuenta de lo que le sucedía al Moncho. En su cara apareció una intensa escoriación que lo hizo ver como un mal elaborado diseño de plastilina. ¡Dios! Ante lo sorpresivo del asesinato del Pachuco, nos olvidamos que el Moncho estaba bajo estricta observación. Mamá le puso el termómetro: su temperatura era normal. Victoria fue por el médico “a pesar de que la cabeza me da vueltas”, dijo. Ya venía entrando con el mismo traje de la noche anterior y la abuela lo agarró para que le suministrara un calmante a Seferina. Le iba a practicar la historia completa, sólo que Victoria se lo impidió. “Al señor eso no le interesa, mamá”, le dijo mirándola como lo hacía cada vez que intentaba reprimirme.

El médico le vio al Moncho la cara de plastilina púrpura. No le causó asombro ni nada parecido, explicó que era una reacción propia de esas averías que provoca en el organismo de un niño la sustancia ingerida.

—¿Por qué te tomaste eso? —le preguntó—. Ayer no insistí pero ahora puedes contestarme.

—Ya se lo expliqué a mi papá: tendré unos músculos así —dobló el brazo derecho apretando el puño y apenas se le formó un incipiente y blanquísimo bícep—. ¿Usted no cree que dé energía?

—No lo hagas más, es preferible que te alimentes bien —guardó sus instrumentos en el maletín—. No hay problema: que se lave bien la cara y que continúe tomándose el medicamento. Si ven algo anormal me llaman, estaré en el hospital.

—¿Funciona el jabón del Tío Nacho? —preguntó el Moncho—. El dueño de la fábrica es el novio de mi tía.

—No digas tonterías —mamá despidió al médico.

—No irán al colegio —mamá nos dio ropa oscura—. Vístanse, vamos a la funeraria —dijo lacónica.

Ésa fue la primera vez que vi un cráneo destrozado.

Me acerqué al féretro: no quedó nada del hombre que yo conocí trepado en la bicicleta.

La esposa del Pachuco contrató los servicios de un detective privado que se llamó David Gurrola y que instaló su despacho en la calle del Rebote. Hace muchos años desapareció sin dejar rastro. Más que nada, David Gurrola se dedicaba a informar sobre maridos y esposas infieles. Era todo. El crimen del Pachuco no se investigó. A los expedientes los borró el tiempo. Lío de faldas, se dijo.

Nunca más ha habido otro detective en Zacatecas, ni otro gitano, ni otro oso pandero.

La tía Seferina cayó en una profunda tristeza. Se hundió en esa *Terrible Oscuridad* y a su corazón no volvió a entrar la luz.

Y yo supe entonces que mi oficio sería el de los detectives privados y que la música —igual que a los caváderes— me perseguiría a donde fuera. Tomé conciencia —también— que debería enfrentarme a los sentimientos de culpa que me invaden.

Sentí vértigo al mirar un cráneo destrozado. Seré duro, me prometí.